Cambio, contradicción y complejidad en la política internacional del fin de siglo

Vilma Petrásh / Eira Ramos Martino
(coordinadoras)

Dolores Avalos G.
Luis Emilio Bruni M.
María Elena Pinto M.
Sergio Rodríguez G.

Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la
Universidad Central de Venezuela (FACES-UCV)
Comisión de Estudios de Posgrado-CEAP (FACES-UCV)
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas-CONICIT
Editorial Nueva Sociedad

Primera edición: 1998

© Editorial NUEVA SOCIEDAD
Apartado 61.712 Caracas, 1060-A, Venezuela
Telfs.: (58-2) 2659975, 2650593, 2655321, 2673189
Fax: (58-2) 2673397

Correo-e: nuso@nuevasoc.org.ve
http://www.nuevasoc.org.ve

Edición al cuidado de Helena González

Diseño de portada: Javier Ferrini

Composición electrónica: Juan Francisco Vázquez L.
Teléfono: (58-2) 577.0566

Impreso en Venezuela

ISBN 980-317-140-2
Depósito legal: lf 369-1998-300-1758

Indice

Estudio introductorio _____ 7
Vilma Petrásh

Globalización ideológica *versus* complejidad global: insustentabilidad de la homogeneización cultural _____ 31
Luis Emilio Bruni M.

América Latina ante los retos de la globalización y la regionalización. Desafíos teóricos y empíricos _____ 55
María Elena Pinto M.

De la modernidad a la posinternacionalización. Un camino para construir una teoría de las relaciones internacionales _____ 93
Sergio Rodríguez G.

Discursos, pero también excursos, en las teorías de las relaciones internacionales _____ 113
Dolores Avalos G.

Globalización, soberanía y seguridad. Hacia un nuevo enfoque del multilateralismo _____ 139
Eira Ramos Martino

Autores _____ 161

De la modernidad a la posinternacionalización. Un camino para construir una teoría de las relaciones internacionales

Sergio Rodríguez G.

Una evaluación de los discursos de la modernidad en su relación con la posinternacionalización o globalización hace obligatorio esbozar una idea acerca de qué es lo moderno, entendiendo la modernidad como una cultura dominante desde el siglo XVIII. S.N. Eisenstad ha dado una definición de modernidad que se manifiesta en lo social, en lo político, en lo económico y en lo cultural.

En la búsqueda de la inserción de lo moderno en los procesos de globalización, bien vale la pena tomar de este autor la expresión de que, en lo político, la modernidad se revela como la extensión del campo territorial del poder, como la extensión del poder a otros grupos y en el predominio de la legitimación democrática. Eisenstad señala que en lo económico su característica principal es el alto grado de desarrollo de la tecnología así como la ampliación y complejidad de los mercados, y en lo cultural se distingue por la complicación creciente de los elementos que componen el sistema cultural y de valores (Eisenstad, "Modernización, movimientos y cambio social", citado en Britto García, 1996, p. 37). Como afirma Luis Britto García, este conjunto de rasgos es articulado en un mensaje que necesita de un receptor que lo asuma y lo obedezca y en este sentido plantea que "la modernidad es un discurso del poder" (Britto García, 1996, p. 38).

En este punto podríamos afirmar que ese discurso de poder se configura a partir del siglo XVIII como una nueva regulación del espacio público, haciendo su aparición otra sociabilidad como síntesis de un modelo civilizacional en curso. Este discurso contiene los elementos racionales del "progreso" que comienza a expandirse y en este espacio público, así como en el Estado y la ciudadanía, empieza a gestarse una racionalidad instrumental que está presente en cualquier relación de dominación, elementos que van configurando valores propios que a través del tiempo irán identificando la modernidad. Como señala Rigoberto Lanz, la democracia es uno de esos valores (Lanz, 1994, p. 25).

La visión realista del orden internacional

Para estudiar la visión realista del orden internacional en el marco de la modernidad, debemos examinar lo que Barry Buzan llama su "largo *pedigree* intelectual que se remonta hasta Tucídides, Maquiavelo, Hobbes y Rousseau" (Buzan, 1996, p. 47). A través de la historia ha habido dos visiones para valorar las relaciones internacionales. La primera, absolutamente apegada a la realidad, expresa que es ésta quien dicta las pautas. En la segunda, la visión no realista recurre a reglas no empíricas, a valoraciones que no vienen dadas por la realidad, tales como las jurídicas y las religiosas, es decir, constructos creados por el hombre. El realismo en todas sus formas "enfatiza en las continuidades de la condición humana, particularmente en el nivel internacional" (Buzan, 1996, p. 47) y a partir de ellas percibe la inseguridad como el problema central y el poder como la fuerza motora de la vida política.

Si analizamos el debate meliano, producido en el siglo V antes de Cristo, y lo comparamos con otras visiones creadas durante este siglo, llegaremos a la conclusión de que los elementos centrales de esta discusión han estado y están presentes.

Cabe destacar que con 25 siglos de diferencia la guerra es el marco de referencia para que esta discusión se produzca. Tal vez sea éste el fundamento que hizo a Clausewitz expresar que "la guerra es la continuación de la política por otros medios". Esta alternativa de la guerra y esta posibilidad de que la misma nos lleve a un dilema es lo que hace a los estadistas tomar grandes decisiones políticas a partir de la visión que asumen al respecto. La disyuntiva para los melianos era guerra o servidumbre, para los atenienses era guerra o seguridad (Tucídides, 1994, pp. 36-41); guerra o sumisión, permitiendo la violación de sus derechos para el presidente Wilson (Kissinger, 1995, p. 28), en el umbral de la toma de la decisión que llevó a Estados Unidos a la Primera Guerra Mundial, y esta disyuntiva –que ha perseguido a estadistas y analistas a través de los siglos– parecería envolver otro dilema, cual es la sobrevivencia o el apego a normas éticas y morales, a principios de comportamiento que en el transcurso de la historia ha llevado a las naciones a perecer para ser recordadas con dignidad en

algunos casos o a sobrevivir y continuar su existencia en condiciones diferentes, en otros. Es interesante observar que con 2.500 años de diferencia, en los alegatos de unos y otros se emplean las mismas categorías, tales como seguridad, sobrevivencia, poder, y se manejan los mismos conceptos en defensa de lo ético y lo moral. En este sentido, los melianos recurren a las ideas de vergüenza, deshonor, razón y equidad, cuando lo que estaba en juego para ellos era la sobrevivencia como nación. El dilema se vuelve a presentar al comenzar el siglo XX, ahora en plena modernidad. Estados Unidos, a partir del fin de la Guerra de Secesión de mediados del siglo XIX, había realizado un acelerado proceso de desarrollo industrial y crecimiento económico sostenido, amparado en una política de neutralidad legada por sus padres fundadores. El no inmiscuirse en guerras durante todo el siglo XIX y considerar los problemas internacionales como problemas europeos le permitió realizar una osada política de expansión territorial, que unida a los antes mencionados avances en el plano económico, la hicieron arribar al siglo XX como una nación consolidada como potencia hegemónica en el continente americano, con una política exterior orientada fundamentalmente al logro de ese objetivo. Como dice Henry Kissinger, la política exterior de Estados Unidos es no tener política exterior (Kissinger, 1995, p. 30).

Sin embargo, la irrupción del siglo XX significó la alteración de esa política secular y la disyuntiva para el abandono de la misma y la introducción de Estados Unidos como protagonista mundial se definió por mantener su política sustentada en los viejos valores, en las tradiciones o por asumir un papel relevante en la problemática que en ese momento afectaba al mundo entero: la Primera Guerra Mundial. Dos elementos, según Kissinger, influyen en esa decisión. Por una parte, la rápida expansión de la nación norteamericana, por la otra, el desplome del sistema internacional eurocéntrico. Estados Unidos se había acostumbrado a usar el beneficio de la neutralidad como arma de negociación enarbolando la bandera de la paz para difundir sus instituciones democráticas. Hasta ese momento la política exterior de Estados Unidos se circunscribió a realizar el destino manifiesto y a mantenerse libre de compromisos en Europa (Kissinger, 1995, pp. 28-29).

Nuevamente observamos cómo el discurso del poder y la hegemonía (la necesidad de sobreponer el interés nacional por un lado y la sobrevivencia por otro), han sido los imperativos sobre los cuales se han tomado las decisiones en el marco de las relaciones internacionales. Pero, como apunta Buzan, este enfoque en las políticas de poder, aunque tiene continuidad, no necesariamente posee coherencia intelectual (Buzan, 1996, p. 53), y agrega que el realismo no es una posición ideológica, aunque su énfasis en el poder y las relaciones conflictivas lo han transformado en objetivo principal de la crítica normativa (Buzan, 1996, pp. 57-60).

El debate realismo/neorrealismo

Los enfoques sobre el realismo han estado presentes no sólo en la modernidad. Según Robert Keohane, hablar de realismo ha constituido la tradición principal para el análisis de las relaciones internacionales en los últimos veinte siglos. Dado que el realismo se apoya en reflexiones fundamentales sobre la política y el Estado, el avance en el estudio de las relaciones internacionales exige apoyarse en él como punto de partida (Keohane, 1986). A su vez, Morgenthau expresa el temor de que Estados Unidos incurra en lo que para los realistas fue un gran desastre, el fin de la Primera Guerra Mundial, pues no se logró el orden que sí se obtuvo al finalizar la Segunda Guerra en 1945. En este sentido, este autor plantea la necesidad de darle una orientación sistemática a las relaciones internacionales, la necesidad de generar una teoría, de crear una visión de la realidad consistente y lógica. Sistematiza lo que hacen todos los realistas, formular un relato que sea aplicable a cualquier situación en cualquier momento (Morgenthau, 1986). Ése es su mérito.

La crítica expresada por Linklater enfatiza que el neorrealismo carece de una adecuada explicación entre las unidades y el sistema, subestimando la capacidad de los Estados de promover un cambio político internacional; además, al sacar el sistema de Estados fuera de las prácticas culturales en los que está implantado, el neorrealismo no aprehende el inmenso significado de moral contemporánea y cambio

cultural: el neorrealismo ha devaluado la contribución a la crítica de la teoría de las relaciones internacionales (Linklater, 1995, pp. 241-262).

Kenneth Waltz responde a esto al afirmar que la ciencia de las relaciones internacionales no se puede someter a nociones como naturaleza humana o poder, porque las variables que habría que manejar serían innumerables. La política internacional no será una resultante de la política exterior de los Estados, puesto que debe existir una estructura internacional que defina esta política, ya que los Estados sólo pueden hacer las cosas que la estructura les impone y deben cumplir, aun cuando no quieran. Hay tres elementos fundamentales que rigen la estructura: un principio ordenador, que es la anarquía (todos los Estados realizan las mismas funciones, todos se comprometen de la misma manera); una distribución de las capacidades, lo cual está relacionado con el poder (la capacidad es la que marca la diferencia entre los Estados), y la distribución de estas capacidades (que es lo que da al sistema internacional una configuración determinada) (Waltz, 1979, pp. 79-101).

El concepto de estructura de Waltz resulta importante porque permite estudiar las interacciones entre los Estados. Keohane opina que la importancia de Waltz radica en su intento por sistematizar el realismo político más que en el hecho de que inicie una nueva línea teórica refiriéndose al neorrealismo, sin embargo, critica la inconsistencia de la teoría de balance de poder de Waltz por su ambiguo concepto de poder y por no explicar el concepto de cambio. Cree que se debe prestar más atención a la relación entre los Estados y el sistema internacional, tomando en cuenta tanto los procesos económicos como las instituciones políticas internacionales, así como prestar atención al manejo de la información (Keohane, 1986, cap. 7).

Para Keohane el neorrealismo es incompleto ya que no se fija en otros aspectos tales como la interdependencia económica y ecológica, los cambios en los gobiernos, el manejo de la información y el papel de los regímenes internacionales. Plantea que las premisas del neorrealismo son el Estadocentrismo, la racionalidad y la búsqueda del poder por parte del Estado, y expresa que aunque se centre en las limitaciones sistémicas no contradice al realismo porque el enfoque

práctico de éste ayuda a entender la búsqueda de la comprensión sistemática por parte de los neorrealistas (Keohane, 1986).

Keohane considera que el neorrealismo planteó algunos avances con respecto al realismo. Entre ellos, la teoría del balance de poder de Waltz, la cual se aplica a los ámbitos anárquicos, donde los Estados deben defender la supervivencia; y la teoría de los juegos de Snyder y Diesing, cuya contribución fundamental radica en que acepta las premisas del realismo y las profundiza al explorar aspectos relacionados con la información y la toma de decisiones. Finalmente, acepta como positivos los ciclos de hegemonía y guerra de Gilpin, quien ve la historia como una sucesión de ciclos y aporta su consideración de la interacción entre lo doméstico y lo internacional para explicar el comportamiento del Estado (Keohane, ibíd.).

Waltz interviene en este debate para señalar que, de acuerdo con el neorrealismo, la ubicación de los Estados en el sistema internacional explica en buena medida su comportamiento. Para Waltz la política exterior de Estados Unidos y la Unión Soviética no podía ser entendida fuera de la estructura del sistema internacional. Plantea que el cambio estructural se inicia en una unidad del sistema, donde interactúan el nivel de la unidad y las causas estructurales, pues cuando perciben que se acerca un declive, tratan de contrarrestarlo. Aquí los líderes juegan un rol importante; en esa medida debe entenderse el papel de Gorbachov con su política de *perestroika* y *glasnost* (Waltz, 1995, pp. 42-47).

Para ser una gran potencia se requiere de un conjunto de elementos, tales como territorio, población, recursos, capacidad económica, estabilidad política, fuerza militar y poderío atómico. Este último es el que permite concentrar esfuerzos en otros ámbitos. Al variar este elemento, varía el sistema bipolar. Según Waltz, éste se mantiene, pero de forma alterada, ya que ha cambiado la relación entre capacidad económica y poder militar, pero en la actualidad la competencia económica es tan viable como la militar y nuclear, limitando el uso de la fuerza entre las grandes potencias, lo que nos puede llevar a una intensificación de la competencia económica y tecnológica (Waltz, ibíd.).

Waltz también considera difícil que un país que alcance un alto grado de expresión económica no se preocupe por su seguridad y se

resista a ocupar el rol de potencia. Para él Estados Unidos continuará siendo el líder económico y militar, a pesar del surgimiento de otras potencias, y concluye expresando que si bien las armas nucleares limitan el uso de la fuerza, ello no significa el fin de los conflictos y de la búsqueda del equilibrio del poder porque, contrariamente a lo que se piensa, tener un mundo más pacífico no está vinculado directamente a la existencia de mayor número de democracias. Su teoría del balance de poder permite que los débiles se unan para equipararse con un poder fuerte (*ibídem*).

Este debate demuestra que tanto los planteamientos del realismo como los del neorrealismo siguen conservando un espacio importante en la teoría de las relaciones internacionales. El propio debate contemporáneo a partir del fin de la era bipolar es una muestra de ello. Desde el punto de vista metodológico, pese a que el realismo es considerado una visión pesimista del sistema internacional, constituye un buen punto de partida para explicar los resultados de los conflictos, dada su peculiar coherencia en el análisis y su institucionalización como visión prevaleciente del mundo.

Discursos en transición

Establecer un discurso crítico de la modernidad que nos permita ofrecer una visión posmoderna "aceptable", manteniendo el debate en los marcos de una discusión tolerada, debe partir del hecho de asumir que "modernizarse no es un acto de destrucción de lo tradicional" (Salamanca, 1997, p. 62). Tampoco la modernidad puede entenderse como el momento en el que finaliza la historia, como nos lo han querido "vender" desde el norte. Modernizarse es un proceso de actualización, para no quedarse fuera de la dinámica internacional.

Entender la modernización de esta forma nos permite comprenderla en una dimensión de proceso y, en su paso hacia la posmodernidad, no necesitamos "ni desesperarnos, ni celebrar" su llegada. Así ubican Yale Ferguson y Richard Mansbach los polos en los cuales se colocan para enfrentar este debate (Ferguson/Mansbach, 1991). Ellos plantean que en este período de "cambio revolucionario" las teorías de las

relaciones internacionales "se encuentran en una situación de desorden sin precedentes" (Ferguson/Mansbach, 1991, pp. 363-364). Más allá de que defensores del posmodernismo consideren que éste ha hecho una importante contribución a la teoría de las relaciones internacionales, Ferguson/Mansbach apuestan por una suerte de enfoque integrativo, que llama a la reflexión silenciosa y a la tolerancia, para comprender que se ha hecho un modesto progreso en la construcción de una teoría de las relaciones internacionales, y que aún existe un largo camino por recorrer (Ferguson/Mansbach, 1991, p. 370). Manifiestan que para ese logro se hace necesario superar el etnocentrismo y la selectividad histórica, restarle importancia al empirismo estricto y liberarse de la mitología realista o seudorrealista y, en este sentido, creen que la discusión acerca de la definición del papel y el lugar del Estado como ente polifuncional marca el punto de partida para la explicación de una serie de conceptos tales como identidad, etnicidad y soberanía, cuya precisión se hace necesaria, pues constituyen parte importante del "corazón teórico" de las relaciones internacionales (Ferguson/Mansbach, 1991, pp. 371-377). Richard Devetak valora los aportes que el posmodernismo ha hecho en este plano, y los coloca en la dimensión de la crítica, la desconstrucción y la genealogía, lo cual, según él, ha abierto las relaciones internacionales a una reflexión mucho más rigurosa, aunque reconoce que lo ético permanece subdesarrollado hasta el momento (Devetak, 1996, p. 206).

Vale la pena hacer un paréntesis para adentrarse en la dimensión de la ética en su relación con la política. Para Ovidio Pérez Morales, la "eticidad" de lo político se basa en la naturaleza social de la persona humana y en la articulación del bien común como finalidad del gobierno, ya que la vida en común "pone en juego mediaciones institucionales que postulan y exigen un vínculo" (Pérez Morales, 1997). Desde otra óptica, Rigoberto Lanz expresa que con la posmodernidad toca a su fin cierta sociabilidad que posibilitó la cohesión de la totalidad social. En este sentido, la lógica de lo político es la expresión de un pacto que establece las reglas de la convivencia de toda civilización, pacto agotado con la posmodernidad (Lanz, 1994, pp. 25-26). Así, el fin de la modernidad es el fin de la política, porque es el fin del sujeto social como encarnación de voluntad, de

proyectos de futuro, como ética de lo colectivo. La posmodernidad ha dejado sin sentido el discurso político (Lanz, 1994, p. 28), y en esto parecería coincidir con Britto García, para quien la crítica posmoderna de la historia, la cual ha negado la razón y el sujeto que la piensa, no significa otra cosa que una negación de los procesos históricos y de la idea de progreso para justificar que el cambio social y político se ha detenido lo cual, a su vez, permite probar por qué "hemos llegado al fin de la historia" (Britto, 1996, p. 183). En un ambiente más concreto que nos atañe directamente, se puede afirmar que la expansión de esta idea en nuestros países del sur opera con diversos mecanismos, uno de los cuales es la necesidad del fin del Estado y por tanto del ocaso de la soberanía, como ente diferenciador, que nos obliga entre otras cosas a prescindir de los ejércitos y a aceptar "cartas de intención" que ubican el sentido de nuestros intereses imbricados en supuestos macro-intereses, o intereses humanitarios, cuyo corazón y cerebro se encuentran en el norte.

Bien vale la pena en este punto referirse a Fernando Mires para entender el quiebre de la modernidad como revolución (recordemos que Ferguson y Mansbach hablaban de cambio revolucionario), entendido como el rompimiento de un determinado período que se ha bautizado como "modernidad", pero es este quiebre histórico el que deja usar la partícula "pos", la cual, según Mires, "permite conservar ilusoriamente la validez de doctrinas pertenecientes al tiempo que se va". Este nuevo mundo que no fue soñado, que representa la concreción del quiebre aludido es lo que este autor llama "revolución paradigmática" (Mires, 1996, pp. 151-152), a mi entender, término más válido que el de posmodernismo.

Después de este largo paréntesis nos encontramos en el momento de adentrarnos en los enfoques posinternacionales y fragmegrales así como en la magnitud de lo global como tendencias de estos enfoques. James Rosenau y Mary Durfee señalan que si examinamos los últimos 50 años de la historia del mundo, podemos observar que la Guerra Fría no estimuló el cambio, sino que lo enmascaró (Rosenau/Durfee, 1995). Consideran que el sustrato racional, el cual permite ver el mundo político como poseedor de una transformación turbulenta, es tan profundo que garantiza el marco para un nuevo paradigma: el

paradigma posinternacional o paradigma de la turbulencia. Rosenau habla de la turbulencia global y la define como la debilidad de los Estados, la restructuración de lealtades y subgrupismos, que unida al advenimiento de las características de la interdependencia y otros factores, van configurando este paradigma de la turbulencia o posinternacional, en el cual las fuentes endógenas y exógenas a la naturaleza del mundo político se dirigen a explicar y a definir parámetros en aquello que una vez pareció como anómalo. Rosenau, a través de los fundamentos de su paradigma, asevera que la legitimidad de la autoridad se está redirigiendo a "subgrupos" subnacionales o supranacionales que diluyen la autoridad estatal y la legitimidad nacional. Asegura así mismo que a diferencia del mundo Estadocéntrico, los Estados multicentro envuelven secuencias de acción que toman forma de "cascada", es decir, movimientos rápidos de acción que precipitan reacciones y estimulan nuevas acciones de parte de muchos "centros", como redes que atrapan y cruzan los dos mundos de la política. Esta proliferación de actores en un mundo dominado por la tecnología y por la globalización de la economía es el espacio en el cual Rosenau elabora su teoría, y es en este sentido que afirma que la Guerra Fría no estimuló el cambio sino que lo enmascaró, dando un impulso amenazador al flujo de anomalías (Rosenau, 1990).

En este contexto de posmodernidad aparece la globalización como tendencia principal al finalizar la Guerra Fría, teniendo como sus parámetros fundamentales el dogma neoliberal de la libertad de mercado y la democracia.

La globalización concebida como paradigma expresa una visión de mundo, un marco conceptual, ideológico e interpretativo, aceptado sobre todo por aquellas sociedades que no tienen un modelo propio para enfrentar desde sus propias perspectivas un mundo posible, que sea distinto, y que no repita las concepciones impuestas desde el exterior (Bernal Meza, 1996, pp. 30-31). Este nuevo contexto, desde el punto de vista teórico-conceptual, se caracteriza por un intento de volver al individuo como sujeto político pero como ente abstracto, aislado, con el objetivo de borrar la idea de que ese individuo también es integrante de colectividades más amplias, donde realmente cobra valor su actuación al establecer relación con otros congéneres.

En otro plano, un significativo aspecto de las nuevas concepciones teóricas es la apología de los mecanismos supranacionales con el objetivo de argumentar, tal como dijimos anteriormente, que los Estados deben ceder parte de su soberanía en aras de engrandecer el bien común. Así, los aspectos ideológicos de la globalización van encaminados a debilitar al Estado en las naciones periféricas. Esto nos permite afirmar que la globalización es una manifestación "moderna" del sistema capitalista mundial (Bernal Meza, 1996, pp. 34-35). Podemos decir que la globalización ha sido un fenómeno que ha generado grandes impactos sobre el Estado, las culturas nacionales y los procesos de integración y desarrollo, influyendo en las políticas exteriores de los Estados, en los conceptos de soberanía y donde las reglas de coexistencia e instituciones son sometidas a un fuerte debate. El mercado no es solución para todo, y en este sentido hay que rescatar el papel del Estado que, a pesar de todo, sigue siendo el actor principal en la arena internacional, y si es un Estado democrático tiene, potencialmente hablando, las mayores posibilidades de participar en un mundo posinternacional y fragmegrado.

Algunas propuestas en el marco de la posinternacionalización

Tal como señala Fernando Mires, "los nuevos paradigmas no cayeron del cielo" (Mires, 1996, p.164). Significa esto que siendo un paradigma una visión de la realidad establecida por las ciencias, debe recorrer un largo camino para imponerse. Con esto queremos decir que el surgimiento de un nuevo paradigma no niega absolutamente al anterior, sino que lo remite a una condición de subordinación, y este fenómeno es el que se está produciendo en el marco de las teorías de las relaciones internacionales. Éste es el basamento que nos permite afirmar que estamos viviendo un proceso de continuidad y cambio. Continuidad en la medida en que lo internacional, en tanto paradigma superviviente, sigue teniendo vigencia mientras que el Estado-nación permanezca como actor importante en el escenario mundial. Sin embargo, la posinternacional ha hecho percibir una sensación de cambio que va configurando una práctica nueva en el campo de las

relaciones internacionales que alude a la naturaleza compleja, multidireccional y pluridimensional de los fenómenos que afectan el devenir político del planeta.

En este sentido, hablar de cambio es hablar de una multiplicidad de procesos que son aspectos permanentes de la vida de los hombres y de la sociedad, tales como la interacción, el movimiento, la movilidad y el conflicto. Esta idea parece ser la que sirve de sustento a Roberto Russell para afirmar que cualquier discusión en torno a las transformaciones requiere, desde el punto de vista analítico, distinguir tres tipos de cambios, a saber, el fin de la Guerra Fría, la extensión y profundización de la globalización, y la crisis del orden westfaliano (Russell, 1996, p. 17). Holm/Sörensen (1995) no consideran la crisis del orden westfaliano, sin embargo coinciden con Russell en que la globalización y el fin de la Guerra Fría son las expresiones dominantes de cambio en el sistema internacional (Holm/Sörensen, 1995, p.1). De manera similar, Halliday (1995) destaca el fin de la Guerra Fría y los retos conceptuales que ello ha conllevado.

El fin de la Guerra Fría es el fin de la confrontación ideológica entre dos grandes poderes. Russell (1996) distingue dos etapas en este proceso, una que va desde la desaparición de la Unión Soviética y el fin del mundo socialista, hasta la guerra del Golfo, y una segunda, desde ese momento hasta la actualidad (Russell, 1995, p.18). La primera etapa estuvo marcada por un triunfalismo de Occidente (triunfalismo que vemos plasmado en el propio título que Richard Little da a su artículo, "International Relations and the Triumph of Capitalism") signado por la frase de Fukuyama en el sentido de que la historia había terminado, pero ya en la segunda etapa se podría afirmar, utilizando nuevamente a Fukuyama, que comenzamos "el regreso a la historia", pues el orden mundial comenzó a mostrar debilidades y quiebres, poniendo en el tapete de la agenda internacional temas que antes habían sido soslayados o sencillamente no tenían importancia. El resurgir de los nacionalismos y la fragmentación, unido a los problemas ambientales, el narcotráfico, el crecimiento de la población, la pobreza y las migraciones indiscriminadas, se han colocado en el tope de la preocupación de los actores en el escenario internacional como paso posterior al optimismo triunfalista de inicio

de la década actual. Se ha comenzado a hablar de desorden internacional y los teóricos de las relaciones internacionales han empezado a ser "vehículos" de esta percepción.

La discusión ha dado paso a una nueva confrontación entre teorías liberales y realistas. En la actualidad hay numerosas y diversas posturas intermedias, teorías específicas y sensibles al contexto, teorías de mediano alcance, que no postulan una lógica única y coherente o un principio universalmente válido para todo el sistema internacional. Esto no es producto del azar sino de la reestructuración o sustitución de los paradigmas de la modernidad que antes mencionábamos. La verdad absoluta, bandera del racionalismo cartesiano sobre el cual se sustenta la ciencia moderna (natural o social), está pasando a ser suplantada por un nuevo paradigma, aún indefinido, basado en la tolerancia y el reconocimiento del otro, o lo que es lo mismo, en el reconocimiento de la existencia de "verdades relativas". Los planteamientos einstenianos sobre la relatividad del tiempo y el espacio cobran lugar en las relaciones entre actores del sistema global. De manera que cuando nos encontramos hablando del cuestionamiento de los paradigmas de la modernidad, estamos planteando simplemente la pérdida de vigencia de modelos o principios rectores de las relaciones entre seres humanos (y por ende entre actores del sistema mundial).

A propósito de este hecho, los autores no menosprecian la utilidad teórica del realismo en torno a premisas tales como el Estado como elemento central del sistema internacional, que a su vez es descentralizado y anárquico. Rosenau (1995), por ejemplo, afirma que el Estado continúa siendo un actor de primer orden y que –a pesar del resquebrajamiento de las capacidades que tradicionalmente le caracterizaban– la pregunta que debemos formularnos no es si sobrevivirá o desaparecerá, sino qué tipo de Estado tendremos en el futuro. De manera que es válido considerar algunos ajustes para enfrentar la interdependencia e interconexión del sistema. Parecería que la tendencia es a la fusión entre neorrealismo y pluralismo, donde el realismo acepta modificar la teoría de la anarquía y el pluralismo a su vez acepta la influencia de esta teoría, reconociendo el rol primario del Estado. Holm/Sörensen consideran que "los Estados son jugadores activos y sus políticas probablemente el más importante factor indivi-

dual en el ámbito y la dirección de la globalización" (Holm/Sorensen, 1995, p. 6). Hay autores que incorporan el globalismo como una tercera corriente dominante entre las perspectivas teóricas en el campo de las relaciones internacionales. En este marco se intenta hacer una interpretación del proceso de globalización, tanto en términos de la construcción de una economía global como en su articulación con un mundo político global, en los límites de un orden internacional que se mueve entre la anarquía de los Estados y el orden que impone la economía a través de diferentes modalidades de cooperación y establecimiento de regímenes internacionales (Serbín, 1996, p. 32).

Surge así una perspectiva global para las relaciones internacionales, donde se desarrolla una visión estructural del conflicto internacional en el cual lo político es reflejo de lo económico, de la estructura capitalista global, y donde las instituciones políticas, incluyendo el Estado, son una extensión de las relaciones económicas (Tooze, 1992; citado en Serbin, 1996, p. 33). De esta manera, cada vez es mayor el número de autores que opta por comprometerse con posiciones eclécticas que extraen lo mejor de cada teoría, obteniendo un resultado teórico pluralista. Con todo, debemos decir que estas posiciones, al margen de su cercanía o divergencia, tienden a coincidir en un punto central: en el mundo que configuran los países desarrollados se están gestando cambios cualitativos en el ámbito de las relaciones internacionales, mientras que en el retraso del planeta el letargo es la característica principal en torno a la cual se generan tales relaciones (Russell, 1995, p. 20).

A pesar de estas coincidencias, gran número de intérpretes de las relaciones internacionales han tratado de establecer pautas que vinculan la idea de orden con la realización de determinados valores, tales como la democracia y el respeto de los derechos humanos. En contraposición, la visión realista es estática, pesimista y de alguna manera reduccionista (SELA, 1996, p. 5).

Carlos Moneta (1994) para señala que la globalización ha producido modificaciones en las relaciones internacionales, donde el nuevo sistema global se ha formado por las interacciones entre el sistema internacional y el sistema multicéntrico, partiendo para esta afirmación de la propuesta de Rosenau (1990) acerca de la bifurcación de la

estructura mundial. Moneta no considera que todos los procesos que se están dando en el sistema global son positivos, toda vez que hay una tendencia hacia la formación de economías globales sobre la base de una interdependencia compleja de carácter asimétrico (a lo que también hacen referencia Holm/Sörensen al hablar de globalización desigual). Aquí se manifiestan las limitaciones y los problemas de la globalización expresados a través de una distribución desigual de la riqueza y del conocimiento científico-tecnológico, así como de una profundización de la brecha entre países ricos y países pobres. Esto podría conducir a la creación de un sistema global fragmegrado y segmentado, que apunta a la existencia de una dinámica compleja en las relaciones internacionales. La visión positiva de la globalización señala, por su parte, los avances tecnológicos y la expansión del mercado como pruebas de los beneficios que aquélla puede generar. Es una visión modernizante de un mundo sin fronteras donde éstas se mueven en torno a las reglas del mercado global establecido por las grandes potencias (Moneta, 1994, pp. 147-164).

En el marco de esta discusión generada por el fin de la Guerra Fría y el incremento de las tendencias globalistas en las relaciones internacionales, ha germinado el problema que plantea determinar qué tipo de orden internacional existirá en el futuro, en los amplios límites que van desde la fragmentación y el conflicto, hasta la cohesión y la cooperación. En este sentido, la globalización, vista como un largo proceso histórico, presenta un conjunto numeroso de elementos. Por una parte, debemos considerar su hasta ahora inédita expresión geográfica y la profundización de las interconexiones entre los Estados y las sociedades que conforman el planeta. Además implica un aumento considerable de la interdependencia, lo cual lleva a los Estados a tener un enfoque más colectivo frente a los temas de agenda internacional.

Tales tendencias se afincan en la internacionalización creciente de la producción, las finanzas y el intercambio. Se podría resumir el objetivo de la globalización como la "liberación de mercados para, mediante la intensificación de la productividad, la competencia y la rentabilidad, crear las condiciones para un relanzamiento sostenido del crecimiento económico" (Urriola, 1996, p. 25).

Para conseguir esta meta es deseable alcanzar algunos objetivos específicos que constituyen la exigencia mínima en el marco de la estrategia global; ellos son la apertura de mercados y el reordenamiento de la división internacional del trabajo, la eliminación de las barreras comerciales, la liberación del rol del Estado y la reducción del margen de maniobra de las autoridades fiscales y monetarias. A pesar de estos elementos que constituyen el designio más elevado de la globalización, no se puede afirmar que éste sea un fenómeno impulsado sólo por el mercado (Urriola, 1996, pp. 25-26). Lo político juega también un papel importante, al igual que lo cultural, lo que se debe tener en cuenta si le queremos dar coherencia a un mundo donde los nacionalismos, los conflictos étnicos y la religión han adquirido relevancia en la agenda mundial actual. Hoy debemos considerar con carácter multidimensional los problemas que enfrentamos, ya que la economía y la política no se bastan por sí solas para dar una explicación coherente a los dilemas de la globalización en tanto nuevo paradigma posinternacional.

Reflexiones finales

Como hemos podido observar a lo largo de estas líneas, la posinternacionalización se caracteriza por la formulación de numerosas y variadas reflexiones y propuestas teóricas, algunas de las cuales cuestionan los paradigmas vigentes durante el período denominado "modernidad", mientras que otras parecen rescatar elementos de tales paradigmas y los amalgaman con la finalidad de incrementar sus virtudes explicativas. A nivel del debate sobre la manera de enfocar el proceso de conocer, están teniendo lugar cuestionamientos tan importantes como el que rechaza la visión de las teorías como algo separado de la realidad y propugna más bien la afirmación de que las propuestas se traducen en prácticas. Ciertamente, esta idea nos hará obrar con mayor cuidado y responsabilidad en el futuro, pues como constructores de paradigmas tendremos que considerar las repercusiones que nuestras afirmaciones podrán tener en el sendero que nos conduce a la conformación de un nuevo orden mundial. A nivel de las

propuestas concretas, las visiones de teóricos como Rosenau, Holm y Sörensen, Russell, Halliday y otros, nos aportan algunas herramientas para comprender qué ha cambiado, cuáles son las principales fuentes de esos cambios y qué elementos del antiguo orden mundial subsisten en la actual situación de turbulencia/transición.

Sin embargo, por esa misma condición de turbulencia/transición que caracteriza el panorama mundial contemporáneo, es dable esperar que las diversas propuestas teóricas tengan que conformarse con esbozar apenas algunos rasgos de lo que pudiera llegar a ser el sistema internacional en el futuro. Un escenario mundial dinámico exigirá la formulación de propuestas también dinámicas que sigan el paso a los acontecimientos mundiales y que nos permita moldear un nuevo orden mundial más igualitario y armónico.

Bibliografía

Bernal Meza, Raúl La globalización: ¿un proceso o una ideología?, en: *Integración solidaria: América Latina en la era de la globalización*, Universidad Simón Bolívar. Instituto de Altos Estudios de América Latina, Caracas 1996.

Britto García, Luis *El Imperio contracultural. Del rock a la posmodernidad*, 3ª edición, Editorial Nueva Sociedad, Caracas 1996.

Buzan, Barry The Timeless Wisdom of Realism?, en: Smith, Steve et al. (eds.) *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge 1996.

Devetak, Richard Postmodernism, en: Burchill, Scott/Linklater, Andrew (eds.) *Theories of International Relations*, St. Martin Press, New York 1996.

Ferguson, Yale H./Mansbach, Richard W. "Between Celebration and Despair: Constructive Suggestions for Future International Theory", en: *International Studies Quarterly*, vol. 35, n° 4, pp. 363-386.

Fukuyama, Francis *El fin de la historia* (originalmente publicado en *The National Interest*, n° 16, summer 1989, pp. 3-18).

Fukuyama, Francis *El fin de la historia y el último hombre*, Editorial Planeta, Buenos Aires 1992.

Halliday, Fred The End of the Cold War and International Relations: Some Analytical and Theoretical Conclusions, en: Booth, Ken/Smith, Steve, *International Relations Theory Today*, The Pennsylvania State University Press, University Park 1995.

Holm, Hans-Henrik/Sörensen, George *Whose World Order? Uneven Globalization and the End of the Cold War*, Westview Press, Boulder 1995.

Keohane, Robert Realism, Neorealism and the Study of Worlds Politics, y Theory of World Politics: Structural Realism and Beyond en: Keohane, Robert (ed.) *Neorealism and its critics*, Columbia University Press, New York 1986.

Kissinger, Henry *La diplomacia*, Fondo de Cultura Económica, México 1995.

Lanz, Rigoberto Discurso democrático y posmodernidad, en: Lanz, Rigoberto (coord.) *El malestar de la política*, Consejo de Publicaciones, Universidad de los Andes, Mérida 1994.

Linklater, Andrew Neorealism in Theory and Practice, en: Booth, Ken/Smith, Steve (eds.) *International Relations Theory Today*, The Pennsylvania State University Press, University Park 1995.

Little, Richard International Relations and the Triumph of Capitalism, en: Booth, Ken/Smith, Steve (eds.) *International Relations Theory Today*, The Pennsylvania State University Press, University Park 1995.

Mires, Fernando *La revolución que nadie soñó o la otra posmodernidad*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas 1996.

Moneta, Carlos El proceso de globalización: percepciones y desarrollos, en: Moneta, Carlos/Quenan, Carlos *Las reglas del juego, América Latina, globalización y regionalismo*, Ediciones Corregidor 1994.

Morgenthau, Hans J. La política entre naciones, en: *Teoría contemporánea de las relaciones internacionales*, Serie Recopilaciones, n° 2, Escuela de Estudios Internacionales, Caracas 1986.

Pérez Morales, Ovidio "Etica y política", en *El Nacional*, 19 de julio de 1997, p. A-6.

Petrásh, Vilma Teorías internacionales y postinternacionales, Programa de Curso, UCV, Caracas 1997.

Rosenau, James *Turbulence in Wold Politics: A Theory of Change and Continuity*, Princeton University Press, Princeton 1990.

Rosenau, James "Globalizador/Localizante. Las nuevas dimensiones de la seguridad", *Diálogo y Seguridad*, n° 2, Nueva Sociedad, Caracas 1995, pp. 21-52.

Rosenau, James/Durfee, Mary *Thinking theory throughly. Coherent aproaches to an incoherent world*, Westview Press, Boulder 1995.

Russell, Roberto "Cambios y continuidades en las relaciones internacionales", en *Capítulos del SELA*, n°47, Sistema Económico Latinoamericano, Caracas 1995, pp. 17-35.

Salamanca, Luis *Crisis de la modernización y crisis de la democracia en Venezuela*, ILDIS/UCV, Caracas 1997.

Serbín, Andrés *El ocaso de las islas*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas 1996.

SELA-Sistema Económico Latinoamericano *Cambio y continuidad en el proceso de globalización. Escenarios de fin de siglo*, Montevideo 1996.

Smith, Steve Positivism and Beyond, en: *International Theory: Positivism and Beyond*, Cambridge University Press, Cambridge 1996.

Tucídides "El debate meliano", en: Vásquez, J.A. (comp.) *Relaciones internacionales. El pensamiento de los clásicos*, LIMUSA, México 1994.

Urriola, Rafael La paradoja de la globalización: más mercado y más regulación, en: Urriola, Rafael (ed.) *La globalización de los desajustes*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas 1996.

Waltz, Kenneth N. *Theory of International Relations*, Mc Graw-Hill, New York 1976.

Waltz, Kenneth N. The Emerging Structure of International Politics, en: Brown et al. (eds.) *The Perils of Anarchy*, The MIT Press, 1995.